



Patronato de la Alhambra y Generalife  
**CONSEJERÍA DE CULTURA**

***La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.***

***De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.***

***En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.***

***El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.***

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife  
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos  
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

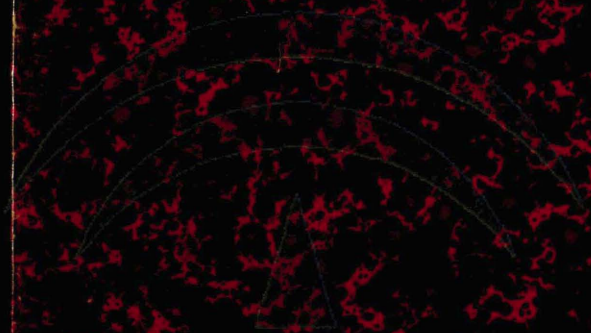
***+ 34 958 02 79 45***

***[biblioteca.pag@juntadeandalucia.es](mailto:biblioteca.pag@juntadeandalucia.es)***

A-3  
1  
24  
B. P. A. G.

HISTORIA  
DE LOS  
MUSULMANES  
ESPAÑOLES

DOZY  
3



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

# HISTORIA

DE LOS

MUSULMANES ESPAÑOLES.

CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

BIBLIOTECA DE  
LA ALHAMBRA

Est. A-3

Tabl. 1

N.º 24



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

R. 199

# HISTORIA

DE LOS

## MUSULMANES ESPAÑOLES

HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA  
POR LOS ALMORAVIDES.

(711-1110.)

POR R. DOZY,

*Comendador de la orden de Carlos III, académico corresponsal de la de la  
Historia de Madrid, socio extranjero de la Sociedad Asiática de Paris,  
profesor de historia en la Universidad de Leiden.*

TRADUCIDA Y ANOTADA

POR F. DE CASTRO,

*Ex-catedrático de Historia de España en la  
Universidad de Sevilla.*

*Donativo del Sr. Conde de  
Romanones á la Biblioteca  
de la Alhambra. 1909*

SEVILLA.

Administracion  
de la Biblioteca Científico-  
Literaria, Moro 12.

MADRID.

Libreria de Victoriano  
Suarez,  
Jacometrezo, 72.

1877.

# LIBRO III.

---

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

EL CALIFATO.

---



---

## LIBRO III.

### EL CALIFATO.

#### I.

No queriendo interrumpir la historia de la insurrección de Andalucía, llegamos en el libro precedente al año 932; pero como ahora va á ocuparnos la guerra estrangera es preciso que el lector se retotraiga al principio del reinado de Abderramen II.

La insurrección de los Españoles y de la aristocracia árabe, no era entónces el único peligro que amenazaba la existencia del Estado; dos potencias vecinas, una reciente y otra ya antigua, la ponían igualmente en peligro: el reino de Leon y el califato africano que una secta siita la de los Ismaelitas acababa de fundar.

De acuerdo en los principios capitales, reconociendo todo el imanato, es decir, que el

gobierno temporal y espiritual de todos los musulmanes pertenecía á la posteridad de Alí, y que el imán es impecable, los Siitas ó partidarios del derecho divino formaban sin embargo, muchas sectas, y lo que los dividía sobre todo era la cuestion de saber cuál de los descendientes del sexto imán, Djafar el Verídico, tenía derecho al imanato. Este Djafar había tenido muchos hijos de los que el mayor se llamaba Ismael y el segundo Muza; pero como el mayor había muerto en vida de su padre, el año de 762, la mayor parte de los Siitas habían reconocido por imán á Muza, despues de la muerte de Djafar. La minoría por el contrario, no quiso sometersele. Diciendo que Dios mismo había designado, por boca de Djafar, á Ismael por sucesor de este último, y que el Ser Supremo no puede revocar la resolución que ha tomado una vez, los Ismaelitas (así los llamaban) no reconocían por imanes mas que á Ismael y á sus descendientes. Pero estos no eran ambiciosos. Desanimados por el mal éxito de todas las empresas de los Siitas y no queriendo participar de la suerte de sus antepasados, muertos casi todos prematuramente por el hierro ó el veneno, se ocultaron á los peligrosos y com-



prometedores homenajes de sus partidarios y fueron á esconderse en el fondo del Khorasan y del Candahar. (1)

Así abandonada de sus jefes naturales parecia destinada á estinguirse oscuramente la secta de los Ismaelitas cuando un persa audaz y hábil vino á darla direccion y vida nuevas.

En la patria de este hombre, el Islamismo habia hecho poco mas ó menos los mismos progresos que en España. Habia recibido bajo sus enseñas un número considerable de prosélitos; pero no habia estirpado las otras religiones y el antiguo culto de los magos florecia á su lado. Si los musulmanes hubieran cumplido rigurosamente la ley de Mahoma no hubieran dejado á los Guebros mas que la eleccion entre el Islamismo ó la espada; pues que no poseyendo estos libro sagrado revelado por profeta que aquellos reconocieran como tal, los adoradores del fuego no tenian derecho á ser tolerados. Pero la ley de Mahoma era inaplicable en aquellas circunstancias. Los Guebros eran muy numerosos, y afectos en cuer-

---

(1) Djowaini, traduccion de M. Defrémery en el «Journ. asiat.» V. série, t. VIII, p. 363, 364.

po y alma á su religion, rechazaban todo otro culto con inflexible tenacidad ¿había que degollar á todas estas buenas gentes tan solo porque pretendían buscar su salvacion á su manera? Esto era muy cruel y además muy peligroso, pues que hubiera provocado una insurreccion universal. Parte pues por humanidad, parte por cálculo, los musulmanes pasaron por cima de la ley y una vez admitido el principio de tolerancia, permitieron en todas partes á los Guebros el ejercicio público de su culto, de modo que cada ciudad y hasta cada lugar tuvo su pireo. Lo que es mas, el gobierno protegía á los Guebros hasta contra el clero musulman y hacía azotar á los imanes y muezines que intentaban trocar en mezquita los templos del fuego. (1)

Pero si el gobierno era tolerante con los sectarios declarados del antiguo culto, ciudadanos pacíficos que no turbaban la paz del Estado, no lo era ni podía serlo con los falsos musulmanes, que se decían convertidos, y que siendo aun paganos en el fondo de su corazón, trataban de minar sorda-

---

(1) Chwolsohn, «Die Ssabier und der Ssbismus,» t. I, p. 283-291.

mente el Islamismo, ingiriendo en él sus propias doctrinas. En Persia como en España habian sido numerosas las conversiones aparentes, cuyo verdadero móvil habia sido el interés mundano, y estos falsos musulmanes eran generalmente los hombres más inquietos y ambiciosos de la sociedad. Rechazados por la aristocracia árabe que se mostraba demasiado exclusiva en todas partes, soñaban con la resurreccion de una nacionalidad y de un imperio persas. (1) El gobierno los maltrataba sin piedad; para contenerlos y castigarlos creó el Califa Mahdí hasta un tribunal de Inquisicion que continuó existiendo hasta fines del reinado de Harun-ar-Rachid. (2) Como de ordinario, la persecucion engendró la revuelta. Babec, gefe de la secta de los «khoramia ó libertinos,» como sus enemigos los apellidaban, se levantó en el Adherbaidjan. Durante veinte años (817-837) este Ibn-Hafzun de la Persia, tuvo en jaque á los numerosos ejércitos del Califa, que no llegaron á apoderarse de él sino despues de haber sacrificado doscientos cincuenta mil hombres.

---

(1) Compárese con el pasage del «Fihrist» citado por M. Chwolohn, t. I, p. 289.

(2) Weil, t. II, p. 107.

Pero mucho más difícil aun que domar rebeliones á mano armada, era descubrir y desarraigar las sociedades secretas que la persecucion había hecho nacer y que propagaban en la oscuridad, ora las antiguas doctrinas persas, ora ideas filosóficas más peligrosas todavía, pues en Oriente el choque de muchas religiones había dado por resultado que una multitud de gente, las repudiáran y las menospreciáran todas. «Todos esos pretendidos deberes religiosos, decian, son buenos á lo sumo para el pueblo, pero no son obligatorios en manera alguna para las personas cultas. Todos los profetas no eran sino impostores que aspiraban á la preeminencia sobre los demás hombres.» (1)

Del seno de estas sociedades secretas, salió en el siglo IX el renovador de la secta de los Ismaelitas. Oriundo de una familia persa que profesaba las doctrinas de los sectarios de Bardasanes, que admitían dos dioses, de los que el uno ha creado la luz y el otro las tinieblas, é hijo de un oculista «espíritu fuerte» que para escapar de las garras de la Inquisicion, de la que habian

---

(1) Macrizi, en el «Journ. asiat.,» III série, t. II, p. 134.

sido víctimas setenta de sus amigos, buscó un asilo en Jerusalem donde enseñaba las ciencias secretas, aunque afectando piedad y un gran celo por las pretensiones de los Siitas. Abdallah-ibn-Maimun llegó á ser bajo la direccion de su padre no solo un hábil prestigizador y un gran oculista, sino tambien un gran conocedor de todos los sistemas teológicos y filosóficos. Con ayuda de sus prestigios trató primero de hacerse pasar por profeta; pero habiendo tenido mal éxito esta tentativa concibió poco á poco un proyecto mas vasto.

Juntar en un mismo haz á vencidos y á conquistadores; reunir en una misma sociedad secreta en la que hubiera muchos grados de iniciacion á los libre-pensadores, que no veían en la religion mas que un freno para el pueblo, y á los santurrones de todas las sectas, servirse de los creyentes para hacer reinar á los incrédulos y de los conquistadores para destruir el imperio que habian fundado, formarse en fin un partido numeroso, compacto y ejercitado en la obediencia, que en el momento oportuno colocara en el trono, si nó á él, á alguno de sus descendientes; tal fué el pensamiento dominante de Abdallah-ibn-Maimun, pen-

samiento extraño y audaz, pero que realizó con asombroso tacto, incomparable destreza y profundo conocimiento del corazón humano.

Los medios que empleó estaban calculados con diabólica picardía. En apariencia era Ismaelita. Como esta secta parecía condenada á desaparecer falta de jefe, le dió nueva vida prometiéndole uno. «Nunca, decía, el mundo ha estado ni estará privado de iman. Si uno es iman, su padre y su abuelo lo han sido ántes de él, y así de seguida, remontándose hasta Adán; el hijo del iman es también iman, y su nieto, y así de seguida hasta la consumación de los siglos. No es posible que el iman muera sino después que le haya nacido un hijo, que será iman después de él. Pero el iman no es siempre visible. Unas veces se manifiesta, otras permanece oculto, como el día y la noche que se siguen el uno á la otra. En la época en que se manifiesta el iman, su doctrina permanece oculta; cuando por el contrario, él permanece oculto, su doctrina se revela y sus misioneros se muestran en medio de los mortales.» (1) En apoyo de esta

---

(1) Djowaini en el «Journ. asiat.», V. série, t. VIII; p. 364, 365.

doctrina citaba Abdallah pasages del Coran. Ella le servía para mantener despiertas las esperanzas de los Ismaelitas, que aceptarían la teoría de que el iman se ocultaba, pero que pronto aparecería para hacer reinar el orden y la justicia sobre la tierra. Con todo, Abdallah en lo profundo de su pensamiento menospreciaba á esta secta, y su pretendida devoción á la familia de Alí no era mas que un medio de realizar sus proyectos. Persa en el fondo de su corazón incluía á Alí, á sus descendientes y á los Árabes en general en el mismo anatema. Conocía muy bien (y en esto no se equivocaba, que si un Alida conseguía fundar un imperio en la Persia, como los Persas lo hubieran deseado, estos no habrían ganado nada en ello, y recomendaba á sus afiliados matar á todos los descendientes de Alí, que cayeran en sus manos. (1) Así no era entre los Siitas entre los que buscaba sus verdaderos mantenedores, sino entre los Guebros, los Maniqueos, los paganos de Harran y los partidarios de la filosofía griega; (2) á estos

---

(1) De Sacy, «Exposé de la religion des Druzes,» Introduction, p. CLXIV.

(2) Véase á Sacy, p. CXLIX-CLIII.

solamente se les podía decir poco á poco la última palabra del misterio; revelándoles que los imanes, las religiones y la moral no eran mas que una pura farsa. Los otros hombres, «los asnos,» como los llamaba Abdallah, no eran capaces de comprender semejantes doctrinas. Sin embargo, para llegar al objeto que se proponía, no desdeñaba en manera alguna su concurso, por el contrario, lo solicitaba, pero teniendo cuidado de no iniciar á las almas creyentes y tímidas, mas que en los primeros grados de su secta. Sus misioneros, á quienes había inculcado que su primer deber era disimular sus verdaderos sentimientos y acomodarse á las de ideas de aquellos á quienes se dirigian, se presentaban bajo mil formas diferentes, y hablaban, por decirlo así á cada uno en diversa lengua. Cautivaban á las masas ignorantes y groseras, por juegos de prestigitation que hacian pasar por milagros, ó por discursos enigmáticos, que excitaban su curiosidad. Con los devotos, se revestian con máscara de virtud y de devocion. Místicos con los místicos, les explicaban el sentido interno de las cosas exteriores, las alegorías y el sentido alegórico de las alegorías mismas. Explicando las cala-



midades de los tiempos y las vagas esperanzas de un porvenir mejor que todas las sectas alimentaban, prometían á los musulmanes la próxima venida del Mahdí, anunciado por Mahoma, á los Judíos la del Mesías, á los cristianos la del Paracleto. Ellos se dirigían hasta á los Árabes ortodoxos ó sunnitas, los más difíciles de conquistar, porque su religion era la dominante, pero de los que tenían necesidad para ponerse al abrigo de las sospechas y de las persecuciones de la autoridad, y de cuyas riquezas deseaban servirse. Se halagaba primero el orgullo nacional del Árabe, diciéndole que todos los bienes de la tierra pertenecían á su nacion, no habiendo nacido los Persas mas que para la esclavitud, y se trataba de ganar su confianza, haciendo ostentacion de un profundo menosprecio de las riquezas y de una gran piedad; luego, cuando ya la habían obtenido, se les domaba sobrecargándoles de oraciones hasta que llegaban á ser «perinde ac cadáver;» despues de lo cual fácilmente los persuadian á que debía sostener la secta con donativos pecuniarios, y dejarla en sus testamentos todo lo que poseían. (1)

(1) De Sacy, p. CXII-CLVI.

Así multitud de gentes de diversas creencias, trabajaban juntas en una obra cuyo fin solo era conocido de muy pocos. Esta obra avanzaba pero con lentitud. Abdallah sabía que él no vería su perfección (1) pero recomendó continuarla, á su hijo Ahmed que le sucedió como gran maestro. Bajo este y sus sucesores, la secta se propagó con rapidéz y lo que sobre todo contribuyó á ello fué que á ella se unieron gran número de individuos de la otra rama de los Siitas. Esta rama como hemos dicho reconocía por imanes á los descendientes de Muza, hijo segundo de Djafar el Verídico; pero cuando el duodécimo, Mohamed, hubo desaparecido, á la edad de doce años, en un subterráneo donde había entrado con su madre (879) y sus partidarios los Duodecimanos, como se les llamaba, dejaron de esperar su reaparición, fácilmente se afiliaron entre los Ismaelitas que tenían sobre ellos la ventaja de tener un jefe vivo, pronto á darse á conocer cuando las circunstancias lo permitieran.

En 884, un misionero ismaelita Ibn-Hauchab, que ántes había sido Duodecimano,

---

(1) De Sacy, p. CLXII.

comenzó á predicar públicamente en el Yemen. Hízose dueño de Zaná y envió misioneros á casi todas las provincias del imperio. Dos de ellos fueron á «trabajar;» segun la espresion de los Siltas, el país de los ketamianos en la provincia actual de Constantina y cuando murieron, Ibn-Hauchab los reemplazó con uno de sus discípulos llamado Ibn-Abdallah.

Activo, atrevido elocuente lleno de sutileza y astucia, sabiéndose además acomodarse á la inteligencia limitada de los Berberiscos, era enteramente apropiado para la mision que iba á llenar, bien que todo lleve á creer que no conocia mas que los grados inferiores de la secta, pues aun los misioneros ignoraban á veces su verdadero objeto. (1) Se puso primero á enseñar á los niños de los ketamianos dedicándose á ganarse la confianza de sus huéspedes y cuando se creyó seguro de su obra tiró la máscara, se declaró Silita y precursor de Mahdi, prometiendo á los ketamianos los bienes de este mundo y del otro, si querían tomar las armas por la santa causa. Seducidos por los discursos místicos del misio-

---

(1) Véase á Sacy, p. CXIX.

nero y acaso mas aun, por el cebo del pillaje, los ketamianos se dejaron persuadir fácilmente, y como su tribu era entonces la más numerosa y prepotente y la que había sabido conservar mejor su antigua independencia y espíritu marcial, fueron rapidísimos sus triunfos. Despues de quitarle todas las ciudades al último Príncipe de la dinastía de los Aglabitas que había reinado mas de un siglo, le obligaron á huir de su residencia con tal precipitacion, que no tuvo ni tiempo para llevarse á su querida. Entónces, Abdallah, colocó al Mahdi en el trono. (909) Era el gran mestre de la secta Said, descendiente de Abdalla el oculista, pero que se daba por descendiente de Ali, y se hacía llamar Obaidallah. Hecho Califa el fundador de la dinastía de los Fatimitas, ocultó cuidadosamente sus verdaderas ideas. Acaso hubiera tenido más francos procederes si otro país la Persia por ejemplo, hubiera sido el teatro de su triunfo, pero como debía el trono á una horda semi-bárbara que no entendía de especulaciones filosóficas, fuerza le fué no sólo de disimular, sino contener á los miembros mas avanzados de la secta que comprometían el porvenir con arrojios intempestivos.

(1) Por eso el verdadero carácter de esta secta, no se manifestó á la luz del dia, hasta principio del siglo XI, en que el poder de los Fatimitas, estaba tan sólidamente establecido que no tenían ya nada que temer y que gracias á sus numerosos ejércitos y á sus inmensas riquezas, podían dar al traste aun con sus pretendidos derechos de nacimiento. (2) Al contrario, en su origen los Ismaelitas, no se distinguieron de las otras sectas musulmanas mas que por su intolerancia y su crueldad. Piadosos y sábios faquies, fueron azotados, mutilados ó crucificados, porque habían hablado con respeto de los tres primeros califas, (3) olvidado una fórmula siita, ó pronunciado un fetva segun el código de Malic. Se exigía del converti-

(1) Véase Arib, t. p. 190.

(2) El califa Moizz, preguntado por las pruebas de su parentesco con el yerno del profeta, respondió con arrogancia, sacando á medias la espada de la vaina: «Esta es mi genealogía.» Luego, derramando á manos llenas monedas de oro sobre los concurrentes, añadió: «Estas son mis pruebas.» Todos protestaron que esta demostracion les parecía incontestable. «Journ. asiat.,» III, série, t. III, página 167.

(3) Obaidallah hacía maldecir en las oraciones públicas á todos los compañeros de Mahoma á escepcion de Alí y de otros cuatro.

do una sumision á toda prueba. Bajo pena de ser degollado como incrédulo, el marido debía sufrir que se deshonrara á su mujer en presencia suya, y despues de esto estaba obligado á dejarse abofetear y escupir en la cara. Obaidallah, preciso es decirlo en su honor, trató muchas veces de reprimir la cólera brutal de sus soldados, pero rara vez lo conseguía. Sus sectarios, que no querian, segun decian, un Dios invisible, lo deificaban de buen grado, conforme á las ideas de los Persas, que enseñaban la encarnacion de la divinidad en la persona del monarca; pero era á condicion de que les permitiera hacer todo lo que se les antojara. Nada iguala á las crueldades que cometieron estos bárbaros en las ciudades conquistadas. En Barca, su general hizo partir á pedazos y asar á algunos de los habitantes de la ciudad; luego obligó á otros á comer de esta carne, y por último, hizo echar á estos últimos en el fuego. Sumidos en un mudo estupor, y no creyendo en una providencia que ordenara los humanos destinos, los infelices Africanos no ponian sus esperanzas sino más allá de la tumba. «Pues que Dios tolera todo esto, dice un foliculario de la época, (1) es claro

(1) «Apud» Ibn-Adhari, t. I, p. 295.

que á sus ojos este bajo mundo, es demasiado despreciable para que se digne ocuparse de él. Pero llegará el último día y Dios juzgará»

Por sus pretensiones á la monarquía universal, los Fatimitas eran peligrosos para todos los estados musulmanes, pero lo eran especialmente para España. Desde temprano habían echado el anzuelo á este rico y bello país. Poseionado apenas de los estados de los Aglabitas, Obaidallah había ya entablado una negociacion con Ibn-Hafzun que le reconoció por soberano. Esta extraña alianza no condujo á nada, pero los Fatimitas no se dejaron desanimar. Sus espías recorrían la península en todas direcciones, bajo pretexto de comerciar y puede formarse una idea de lo que contarían á sus amos leyendo lo que uno de ellos Ibn-Haucal, escribía en la relacion de sus viajes. Apenas comienza á hablar de España, se espresa de esta manera: (1) «Lo que mas asombra á los extranjeros que llegan á la provincia es que pertenezca todavía al soberano que reina en ella, porque sus habitantes son gentes sin dignidad y sin talento; son

---

(1) Man. de Leide, p. 39.

cobardes, montan muy mal á caballo, é incapaces enteramente de defenderse contra buenos soldados, mientras que por otra parte nuestros señores, á quienes Dios bendiga, saben muy bien lo que vale este pais, lo que produce de contribuciones, sus bellezas y sus delicias.

Si los Fatimitas conseguian poner el pié en el territorio andaluz, seguros estaban de encontrar parciales. La idea de la próxima aparicion del Mahdi, se había estendido por España como por todo el resto del mundo musulman. Ya en 901, como mas adelante referirémos, un príncipe de la casa de los Omeyas se había atribuido el papel del Mahdi esperado; y en un libro escrito veinte años ántes de la fundacion del califato Fatimita, (1) se halla una prediccion del célebre teólogo Abdelmelic ibn-Habid (853) segun la cual un descendiente de Fatima había de venir á reinar en España, conquistaría á Constantinopla, (ciudad que se consideraba aun como la metrópoli del cristianismo) mataría á todos los cristianos varones de Córdoba y de las provincias vecinas y vendería á sus mugeres y á sus hijos

---

(1) «Tarikh, Ibn-Habid,» p. 160.



de manera que se podría comprar un muchacho por un látigo y una muchacha por una espuela. Como sucede de ordinario, era la gente de la clase baja quien mas creía en esta clase de profecías; pero aun en las clases bien educadas y especialmente entre los libres pensadores hubieran quizás encontrado adictos los Fatimitas. La filosofía había penetrado en España en el reinado de Mohamed, quinto Sultan omeya, (1) mas intolerantes, que en el Asia se miraban aquí con malos ojos á los filósofos y los teólogos andaluces que habían hecho el viaje de Oriente, no hablaban sino con santo horror de la tolerancia de los Abásidas y sobre todo de aquellas reuniones de sábios de todas religiones y de todas sectas, donde se disputaba sobre cuestiones metafísicas, echando de lado toda revelacion y en donde los mismos musulmanes ponían á veces en ridículo al Coran. (1) El pueblo detestaba á los filósofos, que trataba de impíos y los quemaba ó los apedreaba de bue-

---

(1) Véase Homaidi, fól. 47 r. y v. Hé publicado una traduccion de este pasage en el «Journ. asiat.», V. série, t. II, p. 93. Compárese tambien sobre las reuniones de que se habla en el texto, Abu-'l-mahasin, t. I, p. 420, 421, con Masudi, «apud» Chwolsohn, t. II, p. 622.

no gana. (1) Los libres pensadores tenían, pues, que disimular sus ideas y naturalmente le pesaba esta sujeción. ¿No habían de estar dispuestos á apoyar una dinastía, cuyos principios eran conformes á los suyos? Lícito es creerlo así y los Fatimitas, á lo que parece, no lo juzgaban de otro modo y hasta creemos que, trataron de fundar una lógia en España, á cuyo fin se sirvieron del filósofo Ibn-Masarra. Este Ibn-Masarra, era un panteísta de Córdoba que había estudiado principalmente las traducciones de ciertos libros griegos, que los Árabes atribuían á Empédoles. Obligado á dejar su pátria, porque se le había acusado de impiedad, se fué á recorrer el Oriente, donde se había familiarizado con las doctrinas de las diferentes sectas y donde parece haberse afiliado á la sociedad secreta de los Ismaelitas. Lo que nos inclina á suponerlo es su manera de conducirse después de su vuelta á España, pues en lugar de esponer abiertamente sus opiniones, como lo había hecho en su juventud, las ocultaba y ostentaba una grande devocion y una austeridad extrema; habiéndole enseñado los jefes de

---

(1) Maccari, t. I, p. 136.

la sociedad secreta, nosotros por lo menos así lo creemos, que era preciso atraer y seducir á las gentes con las exterioridades de la ortodoxia y de la piedad. Gracias á la máscara que había tomado y también á su arrebatadora elocuencia, supo engañar al vulgo y atraer á sus lecciones gran número de discípulos, que llevaba lentamente y paso á paso de la fé á la duda y de la duda á la incredulidad. Pero no consiguió engañar al clero que justamente alarmado hizo quemar, no al filósofo mismo, (Abderramen III, no lo hubiera permitido) sino á sus libros. (1)

Por lo demás, que Ibn-Masarra fuera ó nó, emisario de los Ismaelitas (porque no existe testimonio positivo sobre este punto) no es menos cierto que, los Fatimitas no descuidaban medio alguno, para formarse un partido en España y que lo consiguie-

---

(1) Véase sobre Ibn-Masarra (883-931) el «Tarih al-hocama,» («apud» Amari, «Biblioteca Arabo-Sicula,» p. 614, 615), Ibn-Khacan «Mátmah,» L. II, c. 11 (este capítulo se encuentra también en Maccari, t. II, p. 376) Homaidi, fól. 27 r., y en Ibn-Hazum, «apud» Maccari, t. II, p. 121. El célebre Zopaidi escribió un libro para refutar las opiniones de este filósofo (Ibn-Khallican, Fasc. VII, p. 61.)

ron hasta cierto punto. (1) Su dominacion hubiera sido sin duda, benéfica para los libre pensadores, pero al mismo tiempo un terrible azote para las masas, y especialmente para los cristianos. Una frase, friamente bárbara, del viajero Ibn-Hocal, muestra lo que estos últimos tenían que esperar de los fanáticos ketamianos. Despues de haber notado que los cristianos, que halló establecidos á millares en gran número de lugares, habían causado muchas veces dificultades al gobierno con sus insurrecciones, Ibn-Hocal, propone un medio muy espeditivo, para evitarlos en adelante, esterminarlos hasta el último. Semejante medida era á los ojos excelente, y la única objecion que se le ocurre es, que se necesitaría mucho tiempo para ejecutarla. ¡No era, despues de todo, mas que una cuestion de tiempo! Como se vé, los ketamianos hubieran realizado á la letra, la prediccion de Abdelmelic ib-Habib.

Hé aquí el peligro que amenazaba á España por parte del Mediodía; al que se ha-

---

(1) Abderramen III, como referirémos mas adelante, hizo decapitar á un príncipe de su familia á causa de sus opiniones silitas.

llaba espuesta por parte del Norte, en donde el reino de Leon crecía de dia en dia, era mas grave aun.

Nada más humilde que el origen de este reino. En el siglo VIII, cuando la provincia que habitaban se había sometido yá á los musulmanes, trescientos hombres mandados por el bravo Pelayo, habian encontrado un refugio en las altas montañas del Este de Asturias. Una gran caverna (la de Covadonga,) les servía de morada. Muy elevada sobre el suelo (se sube hoy todavía á ella por medio de una especie de escalera de noventa gradas;) está en una enorme roca en el fondo de un valle tortuoso, profundamente surcado por un torrente, y tan estrechamente encerrada entre dos cadenas de rocas escarpadisimas, que apenas un hombre á caballo puede penetrar. (1) Un puñado de bravos, podian pues defenderse fácilmente allí, aun contra fuerzas muy superiores, y esto fué lo que hicieron los Asturianos. Pero su existencia era muy miserable, y habiéndose rendido algunos

---

(1) Morales que escribía su «Crónica general» en el siglo XVI, trae una descripción detallada y muy pintoresca de este valle y de esta caverna, (t. III, fól, 3 y 4.)

de sus compañeros y muerto otros por falta de víveres, hubo un momento en que Pelayo no tuvo consigo mas que cuarenta personas, entre las que se contaban diez mugeres que no tenían por alimento mas que la miel que las abejas depositaban en las hendiduras de la roca. Entónces los musulmanes lo dejaron en paz, diciéndose, que despues de todo, una treintena de hombres no era de temer, y que sería trabajo perdido aventurarse por eso en aquel peligroso valle, en que tantos bravos habían encontrado ya una muerte sin gloria. (1) Gracias á este respiro, pudo Pelayo reforzar su banda, y habiéndosele unido muchos fugitivos, volvió á tomar la ofensiva, haciendo incursiones en las tierras de los musulmanes. Para poner término á estas depredaciones el berberisco Munuza, gobernador entónces de Astúrias, envió contra él uno de sus tenientes llamado Alcama. Pero la expedición de Alcama fué desgraciadísima; sus soldados espermentaron una terrible derrota, y él mismo fué muerto. El triunfo obtenido por la banda de Pelayo enardeció á los demás Asturianos, que se insurreccionaron, y

---

(1) Maccari, t. II, p. 9, 10, 671, 672.

entónces, Munuza, que no tenía tropas suficientes para reprimir esta rebelion, y que temía que le cortáran la retirada, abandonó á Gijon, su residencia, tomando el camino de Leon, pero apenas había andado siete leguas, fué atacado de improviso, y cuando llegó á Leon, despues de haber sufrido una pérdida muy considerable, enteramente desanimados sus soldados, rehusaron volver á las ásperas montañas que habian sido testigos de sus infortunios. (1)

Habiendo sacudido así el yugo de la dominacion extranjera, los asturianos vieron poco despues acrecentarse su poder. Hacia el E. confinaba su provincia con el Ducado de Cantabria, que no había sido sometido por los musulmanes, y cuando Alfonso, que reinaba allí, y que se había casado con la hija de Pelayo, ascendió al trono de Asturias, las fuerzas cristianas se hallaron casi duplicadas. Entónces pensaron, naturalmente en rechazar á los conquistadores más

---

(1) Los cronistas españoles, que han exagerado mucho la importancia de la victoria obtenida por Pelayo, pretenden tambien que, Munuza fué muerto en la retirada. Se sabe, por el contrario, que este general sobrevivió muchos años á su derrota y que murió en la Cerdaña. Véase Isidoro, c. 58, y compárese con Ibn-Adhari, t. II, p. 27, l. 15.

al Mediodía. Las circunstancias vinieron en su ayuda. Los Berberiscos, que constituían la mayor parte de la población musulmana en casi todo el Norte, abrazaron las doctrinas no-conformistas; se insurreccionaron contra los Árabes y los echaron; pero habiendo ido al Mediodía, fueron batidos á su vez y ojeados como fieras. Diezmados ya por la espada, lo fueron mucho más por la terrible hambre, que á partir del 750 asoló á España durante cinco años consecutivos. La mayor parte resolvió entonces abandonar á España para ir á juntarse con sus contributos, que moraban en la costa de África. Aprovechando esta emigración los Gallegos se insurreccionaron en masa contra sus opresores, desde el año 751, y reconocieron por rey á Alfonso. Secundados por él, mataron gran número de enemigos, y obligaron á los demás á retirarse á Astorga. El año 753 (1), los Berberiscos tuvieron que retirarse todavía más al Mediodía. Evacuaron á Braga, Porto y Viseo, de modo que toda la costa hasta más allá de la embocadura del Duero, se encontró libre del yugo. Retrocediendo siempre y no pudiendo mantenerse ni en Astórga, ni en Leon, ni en Zamora, ni en Salamanca, se replegaron á



Coria ó quizás á Mérida. Más al E. abandonaron á Saldaña, Simancas, Segovia, Avila, Oca, Miranda del Ebro, Cenicero y Alesanco (ambas en la Rioja). Las principales ciudades fronterizas de los musulmanes, fueron desde entónces de O. á E., Coimbra, sobre el Mondejo, Coria, Talavera y Toledo sobre el Tajo; Guadalajara, Tudela y Pamplona.

Así la guerra civil y la terrible hambre de 750, libertaron gran parte de España del dominio musulmán, que no duró allí mas que unos cuarenta años. Pero Alfonso se aprovechó poco de las ventajas que había obtenido (a) Recorrió el pais abandonado y pasó á cuchillo á los musulmanes, poco numerosos sin duda, que encontró allí; pero no teniendo ni bastantes siervos para cultivar un pais tan estenso, ni bastante dinero para reedificar las fortalezas que los musulmanes habian desmantelado ó destruido antes de su partida, no pudo pensar en apoderarse de ellas, y se llevó consigo á los indígenas, cuando volvió á sus Estados, no ocupando más que los distritos más cercanos á sus antiguos dominios. Eran estos la Liebana (es decir, el S. O. de la provincia de Santander)

---

(a) Véase la nota I al fin de este tomo.

Castilla la Vieja, (llamada entónces Bardulia,) la costa de Galicia, y acaso la ciudad de Leon. Todo lo demás, no fué durante mucho tiempo mas que un desierto que formaba una barrera natural entre los cristianos del Norte y los musulmanes del Mediodía. (1)

Pero lo que Alfonso I no había podido hacer, lo hicieron sus sucesores. Casi siempre en guerra con los Árabes; pusieron su capital en Leon y reedificaron poco á poco las ciudades y fortalezas más importantes. En la segunda mitad del siglo IX, cuando casi todo el Mediodía se había levantado contra el Sultan, adelantaron los límites de su nacion hasta el Duero, donde edificaron cuatro plazas fuertes, Zamora, Simancas, San Esteban de Gormáz y Osma, que formaban una barrera casi infranqueable á los musulmanes, mientras que el vasto pero triste y estéril pais que se extiende entre el Duero y Guadiana, no pertenecía ni á los Leoneses ni á los Árabes; se lo disputaban aun. (2) Por el lado de Poniente, los Leone-

---

(1) Véanse mis «Recherches,» t. I. p. 126 y sig.

(2) En Ahmed-ibn-Abi-Jacob, que escribía

ses estaban más próximos á sus enemigos naturales, porque sus fronteras se extendían mas allá del Mondego. (1) Pero pasaban algunas veces estas fronteras. Aprovechando la debilidad del Sultan, hacían atrevidas expediciones hasta más allá del Tajo y del Guadiana, (2) y las tribus, en su mayor parte berberiscas, que moraban entre estos dos rios, podían oponerles tanta menos resistencia, cuanto que las mas veces se hallaban en guerra entre sí. (3) Entónces, era fuerza humillarse ante los cristianos y rescatarse del saqueo.

Pero la hora de la venganza parecía, en fin, haber sonado para ellos. El año 901 un príncipe de la casa Omeya, Ahmed-ib-Moa-wia, que se entregaba al estudio de las

---

hacia el año 890, Mérida, (sobre el Guadiana) es una ciudad fronteriza. Véase de Goeje, «Specimen liter. exhibens descriptionem al-Magribi,» p. 16, l. 1-3 del texto árabe.

(1) Véase Mon. Sil. c. 42 al fin, y «Chron. Conimbr.» II.

(2) «Chron. Albeld.,» c. 64. La espresion «castra de Nepza» de que se sirve este cronista, significa los castillos de la tribu bérbere de Nefza, que moraba entre Trugillo y el Guadiana; véase Ibn-Haiyan fól. 99 r. y 101 v.

(3) Ibn-Haiyan, fól. 99 r.

ciencias ocultas, y aspiraba al trono se presentó á los berberes con el Mahdí los incitó á alistarse bajo sus banderas para marchar contra Zamora, ciudad que Alfonso III había hecho reedificar en 893 por los cristianos de Toledo sus aliados, y que desde entónces era el terror de los Árabes, pues desde allí venian los Cristianos á saquearlos, y allí era tambien donde ponian en salvo su botin, tras siete fosos y siete murallas. (1) El llamamiento de Ahmed tuvo un inmenso éxito. Ignorantes y crédulos y ardiendo además en deseos de tomar la revancha, los Berberes se alistaron en masa con un príncipe que hacía milagros, por lo demás, poco complicados, y que les decía que los muros de todas las ciudades caerían á su vista. En pocos meses reunió el impostor un ejército de sesenta mil hombres. Condujolo al Duero, y habiendo llegado cerca de Zamora, envió al rey Alfonso III, que se hallaba en esta ciudad, una carta fulminante en que le amenazaba con su cólera, si él

---

(5) Véase Ibn-Haiyan" fól. 83 r. y compárese con la descripción de Zamora que hace. Mazudi, (en mis «Recherches,» t. I, p. 181.)

y sus súbditos no abrazaban inmediatamente el Islamismo. Habiendo escuchado la lectura de esta carta, trémulos de indignación y de ira Alfonso y sus grandes, y queriendo castigar al punto al que la había escrito, montaron á caballo y fueron á atacarlo. La caballería berberisca salió á su encuentro, y como había poca agua en el Duero (era Verano, el mes de Junio) el combate tuvo lugar en el lecho del río. La suerte de las armas no favoreció á los Leoneses. Los Berberes los derrotaron, y cortándoles la entrada de la ciudad, los empujaron al interior del país.

Sin embargo, el término de la expedición, fué muy diverso del que podía presagiarse por este primer combate. El pretendido Mahdí había adquirido un inmenso dominio sobre sus soldados; creyendo indigno de él dar órdenes de viva voz, las daban por signos y obedecían á sus menores gestos con la mayor docilidad; pero cuanto más respeto imponía á los simples soldados, más escitaba contra él la envidia de los gefes, que presentían que si se lograba la expedición serían suplantados por el supuesto profeta, en cuya misión no creían mucho. Así que, ya habían buscado una ocasión para asesinar-

lo, y no la hablan encontrado; pero mientras que perseguían al enemigo, el mas poderoso de ellos, Zalal-ibn-Yaich, jeque de la tribu de Nefza, declaró á sus amigos que hablan cometido un gran yerro, batiendo á los Leoneses, y que era preciso enmendarlo ántes que fuera demasiado tarde. No le costó trabajo hacerlos de su opinion, y todos resolvieron embrollar los asuntos del Mahdí. Mandaron, pues, tocar retirada y cuando llegaron á la avanzada, en la ribera derecha del Duero, tomaron los objetos que les pertenecian, diciendo que habian sido batidos, y que el enemigo venía á sus alcances. Hallaron fé sus palabras, tanto mas, quanto que no traian consigo mas que una parte de sus tropas, no habiendo obedecido las demás sus órdenes ó nó habiéndolas entendido. Un terror pánico se apoderó de los ánimos. Buscando su salvacion en una pronta fuga, gran número de soldados corrieron hácia el Duero, y viendo esto, la guarnicion de Zamora, hizo una salida y acuchilló muchos de ellos, cuando trataban de pasar el rio. Sin embargo, los Leoneses detenidos por el grueso del ejército enemigo, que se hallaba aun en la orilla izquierda, no se hallaron este dia ni el siguiente,

en estado de hacer decisiva la ventaja, que acababan de obtener. Pero la desercion que se hacía cada vez mas general en las tropas del Mahdí, vino en su ayuda. En vano el Mahdí decía, que Dios le había prometido la victoria, no lo creian, y al tercer dia, cuando se vió abandonado de casi todos sus soldados, él mismo perdió toda esperanza, y no queriendo sobrevivir á su deshonra, metió espuelas al caballo, se lanzó en medio de los enemigos, y encontró la muerte que buscaba. Su cabeza fué clavada en una puerta de Zamora. (1)

El éxito de esta campaña aumentó naturalmente la audacia de los Leoneses. Contando con el apoyo de Toledo, y sobre todo con la cooperacion del rey de Navarra, Sancho el Grande, que acababa de dar á su pais una importancia que no había tenido hasta entónces, miraban, cada vez más, la España musulmana, como una presa que no se les podía escapar. Todos los impulsaba al Mediodía. Pobres, hasta el extremo de que faltos de numerario, permutaban las cosas

---

(1) Ibn-Haiyan, fól. 980.-120, v. Sampiro, c. 14.

unas por otras, (1) y enseñados por sus sacerdotes, á los que eran ciegamente adictos, y á quienes colmaban de regalos, á mirar la guerra contra los infieles como el medio mas seguro de conquistar el cielo, buscaban en la opulenta Andalucía los bienes de este mundo, y los del otro. ¿Escaparía la Andalucía á su dominio? Si sucumbía, la suerte de los Musulmanes iba á ser terrible. Fanáticos y crueles, los Leoneses rara vez daban cuartel; por lo comun cuando tomaban una ciudad pasaban á cuchillo á todos sus habitantes. En cuanto á una tolerancia semejante á la que los Musulmanes concedian á los Cristianos, no había que esperarla de ellos. ¿Qué sería, además de la brillante civilizacion arábica que se desarrollaba cada vez más, bajo el dominio de aquellos bárbaros, que no sabian leer, que cuando querian medir sus tierras tenian que servirse de sarracenos, (2) y que cuando hablaban de una «biblioteca,» entendian por esto la Sagrada Escritura?

---

(1) Carta en Sota, Escri. 1; otra carta (del año 993) en la «Esp. Sagr.» t. XIX p. 383.

(2) Carta en Berganza, t. I. p. 197, col. 2; l. 6.



Como se vé, la tarea que esperaba á Abderramen II, al principio de su reinado, era hermosa y grande, pues consistía en salvar su pátria y la civilizacion misma; pero era tambien estremadamente difícil. El Príncipe tenía que conquistar sus propios súbditos y rechazar por una parte á los bárbaros del Norte, cuya insolencia habia crecido al paso, que se debilitaba el imperio musulman, y por otra, á los bárbaros del Mediodía, que en un cerrar de ojos se habian apoderado de un vasto Estado, y que querian hacerse de los Andaluces á poca costa. Abderramen comprendió su mision. Ya hemos visto de qué manera conquistó y pacificó su propio reino; ahora vamos á ver cómo hizo frente á los enemigos exteriores.

---

---

## II.

Aunque Abderramen III no hubiera tenido intencion de volver sus armas contra los Leoneses, estos le hubiera obligado á ello, porque en el año 914, su rey, el intrépido Ordoño II, comenzó las hostilidades llevando á sangre y fuego el territorio de Mérida. Habiéndose apoderado de la fortaleza de Alanje, pasó á cuchillo á todos los defensores de la plaza, y redujo á esclavitud á sus mujeres y á sus hijos. Entónces, espantados los habitantes de Badajoz, y temerosos de compartir la suerte de sus vecinos, reunieron multitud de objetos preciosos, y con el Principe á su cabeza fueron

á suplicarle al rey cristiano que se dignára aceptarlos. Ordoño aceptó, y triunfante y hartó de botín, repasó el Tajo y el Duero, y cuando estuvo en Leon de vuelta, dió á la Virgen una prueba de su gratitud, edificándole una iglesia. (1)

Como los habitantes de los territorios que Ordoño había saqueado, no se le habian sometido aun, Abderrámen, si hubiera querido, hubiera podido cerrar los ojos sobre lo que había pasado. Pero no era esta su manera de pensar. Comprendiendo perfectamente que era preciso ganarse los corazones de sus súbditos rebeldes, mostrando que se hallaban en estado de defenderlos, decidió castigar al rey de Leon. A este fin, envió contra él en Julio de 916 un ejército considerable, mandado por ibn-abi-Abda, el antiguo general de su abuelo. La expedicion de ibn-abi-Abda, la primera despues de la que el pretendido Mahdí había emprendido quince años antes no fué, á decir verdad, más que una rázia, pero razia en que los Mu-

---

(1) Mon. Sil, c. 44, 45; Ibn-Khaldun, fól. 14 v. Hé seguido á este último autor en lo concerniente á la fecha.

mulmanes cogieron gran botin. (1) El año siguiente, Abderramen, instado vivamente por los habitantes de las fronteras, que se quejaban de que los Leoneses habian quemado todos los arrabales de Talavera (sobre el Tajo) dió orden á ibn-Abí-Abda, de salir otra vez á campaña, y sitiar la importante fortaleza de S. Estéban (de Gormaz) que se llamaba tambien Castro-Moro. (2) El ejército era numeroso, y se componía en parte de mercenarios africanos, que Abderramen habia hecho venir de Tánger. Así que la expedicion prometía ser feliz. Estrechamente bloqueada, la guarnicion de S. Estéban se vió bien pronto reducida á la última estreñidad, y estaba ya á punto de rendirse, cuando Ordoño acudió en su ayuda. Atacó á Ibn-Abdí-Abda. Desgraciadamente para este, su ejército se componía no solo de soldados de Tánger, sino tambien de gran número de habitantes de las fronteras, y no se podía contar ni con la fidelidad ni con la bravura de estos hombres, medio berberiscos, medio españoles, que gritaban mucho cuando los Leoneses iban á

---

(1) Arib, t. II, p. 176; Ibn-Khaldun, fól. 14 v.  
(2) Véase Arib, t. II, p. 186, l. 3 y 4.

saquearlos, pretendiendo entonces que el Sultán debía protegerlos, pero que no querían ni defenderse por sí, ni obedecer al monarca. Esta vez todavía se dejaron batir, y su precipitada retirada produjo un espantoso desorden en todas las filas del ejército. Viendo la batalla perdida, el bravo Ibn-Abí-Abda prefirió morir en su puesto á buscar la salvación en la fuga; muchos de sus soldados que pensaban como él, se pusieron á su lado, y todos sucumbieron sin retroceder, á los golpes de los cristianos.

Al decir de los historiadores árabes, el resto del ejército logró rehacerse y llegó en bastante buen orden á territorio musulmán; pero los cronistas cristianos cuentan, por el contrario, que fué tan completa la derrota de los Musulmanes, que desde el Duero hasta Atienza, las colinas, los bosques y los campos estaban cubiertos de cadáveres. (1)

Sin dejarse desanimar, tomó en seguida Abderramen sus medidas para reparar este desastre; pero mientras que hacía preparativos para la nueva campaña, que debía

---

(1) Arib, t. II, p. 177, 178; Sapiro, c. 17; Mon. Sil. c. 46, 47.

ser al año siguiente, llamaron su atención los asuntos de África.

Aunque no estuviera aun en guerra contra los Fatimitas, y aunque estos ocupados en la conquista de la Mauritania no le hubieran dado motivo de queja, preveíasin embargo, que una vez terminada esta guerra, volverían, en seguida sus armas contra España. Miraba, pues, como un deber, socorrer á la Mauritania cuánto le fuera posible, y hacer de modo que este país quedara por decirlo así, como el baluarte de España contra los Fatimitas. Por otra parte, tenía que evitar ponerse en guerra abierta contra esta dinastía antes de tiempo, porque mientras no hubiese domado la insurrección en su propio reino, y obligado á los Cristianos del Norte á pedir la paz, arriesgaba mucho si se esponía á un desembarco de Fatimitas en las costas andaluzas. Todo lo que podía hacer en aquellas circunstancias era animar y ayudar bajo cuerda á los príncipes que quisieran defenderse contra los invasores de su país.

Ya tuvo ocasion de hacerlo en el año 917, cuando los Fatimitas atacaron al Príncipe de Necur. (1) La familia de este Príncipe, de

(1) Necur es una ciudad del Rif marroquí, á cinco leguas del mar.

origen árabe, había reinado sobre Necur y su territorio desde la conquista, se había distinguido siempre por su piedad, y desde que dos de sus princesas, hechas prisioneras por los piratas normandos, fueron rescatadas por el Sultan Mohamed, (1) no había dejado nunca de mantener las relaciones mas amistosas con España. Hasta un segundon de esta familia, que como piadoso faquí que era, había hecho cuatro veces la peregrinacion á la Meca, vino á España en el reinado de Abdallah para tomar parte en la guerra santa. Atacado por Ibn-Hafzun despues de su desembarco, llegó solo al campo del Sultan, habiendo sido muertos todos los de su escolta, y él lo fué á su vez, combatiendo contra Daizan, el jeque de la provincia de Todmir.

El Principe que reinaba sobre Necur, cuando los Fatimitas llevaron sus armas á la Mauritania, se llamaba Said II. Intimidado para que se sometiera, rehusó hacerlo; pero él, ó mas bien, un español que era su poeta laureado, tuvo la imprudencia de juntar el

---

(1) Véanse mis «Recherches», t. II, p. 285, 293 y 294.

ultraje á la negativa. Conviene saber que, al pié de su intimacion, el Califa habia hecho escribir algunos versos, cuyo sentido era, que si los habitantes de Necur no querían someterse los esterminaría, pero que si obedecían, haría reinar la justicia en su país. El poeta laureado, Ahmas de Toledo, respondió aquellos versos por estos otros:

Tú has mentido, te lo juro por el templo de la Meca! No, tu no sabes practicar la justicia, y jamás el Eterno ha oido de tus lábios palabra sincera, ni piadosa. Tú no eres mas que un hipócrita, un incrédulo, predicando á rústicos mutilas la Sunna, que debe ser la regla de todas nuestras acciones. Nosotros ponemos nuestra ambicion en las cosas grandes y nobles, entre las que la religion de Mahoma ocupa el primer lugar, tú, por el contrario, pones la tuya en las cosas viles y bajas. (1)

Herido en lo vivo, el Califa Obaidallah, envió al puuto á Mezzala, gobernador de Tahort, la órden de atacar á Necur. No teniendo ciudadela donde refugiarse, el viejo

---

(1) Véase lo que he dicho sobre el texto y el sentido de estos versos en los Anales de Gotinga año 1858, p. 1091, 2092, dando cuenta del Ibn-Khaldun, de M. de Slane.



Said II, salió al encuentro del enemigo y lo detuvo tres días, pero vendido por uno de sus capitanes, murió al fin con casi todos los suyos, en el campo de batalla (917.) Entonces Mezzala, se apoderó de Necur, en donde pasó los hombres á cuchillo, reduciendo á servidumbre las mugeres y los niños.

Avisados por su padre, tres hijos de Said, habían tenido tiempo de embarcarse haciendo vela hácia Málaga. En cuanto llegaron á este puerto, Abderramen dió las órdenes necesarias, para que se les hiciera la mas honrosa acogida y al mismo tiempo les mandó á decir que, si querían ir á Córdoba, tendría mucho gusto en ello, pero que no quería contrariarlos en nada y por consiguiente, que podían permanecer en Málaga, si tal era su voluntad. Los príncipes le respondieron que preferían permanecer lo mas cerca posible del teatro de los acontecimientos, porque esperaban volver muy pronto á su patria. Esta esperanza no era engañosa. Habiendo vuelto á tomar el camino de Tahort, despues de pasar seis meses en Necur, Mezzala, confió el gobierno de esta ciudad, á un oficial ketamiano, llamado Dhalul. Este fué abandonado por la ma-

yor parte de sus soldados y entónces los príncipes, á quienes sus partidarios tenían al corriente de todo lo que pasaba, equiparon barcos y partieron para Necur, despues de haber convenido entre sí que pertenecería la corona al primero que llegára. Zalih, el mas jóven de los tres, se adelantó á sus hermanos. Los Berberes de la costa lo recibieron con entusiasmo, y habiéndole proclamado emír, marcharon contra Necur, donde mataron á Dhalul y á sus soldados. Dueños del pais, el príncipe Zalih III, se apresuró á escribir á Abderramen, para darle gracias por su acogida y anunciarle su victoria. Al propio tiempo, hizo proclamar la soberanía de este monarca en toda la estension de sus dominios y por su parte Abderramen le envió tiendas, banderas y armas. (1)

Si los negocios de Necur hubieran podido hacer olvidar á Abderramen, que tenía que vengar la derrota de su ejército y la muerte del intrépido Ibn-abi-Abda, cuya cabeza había hecho clavar Ordoño en la muralla de de S. Esteban, al lado de una

---

(1) Arib, t. I, p. 177, 178; Becri, p. 94-97 ed. de Slane; Ibn-Adhari. t. I, p. 178-183; Ibn-Khal-dun, «Hist. des Berbers,» t. I, p. 282-285 del texto.

cabeza de jabalí, (1) los cristianos se tomaron el trabajo de recordarle su deber, por que en la Primavera de 918, Ordoño y su aliado Sancho de Navarra, asolaron las cercanías de Nájera y Tudela, despues de lo cual, Sancho, tomó el arrabal de Valtierra y quemó la mezquita mayor de esta fortaleza. (2) Abderramen confió ahora el mando de su ejército al hadjib Badr y envió á los habitantes de las fronteras orden de reunirse á sus banderas, escitándolos á aprovechar esta ocasión de lavar la deshonra de que se habían cubierto el año precedente. Salieron de Córdoba el 7 de Julio, y cuando llegaron al territorio leonés, atacaron audazmente al ejército enemigo que se había atrincherado en las montañas. Por dos veces, el 13 y el 15 de Agosto, se batalló cerca de un lugar que se llamaba Mutonia, (3) y por dos veces obtuvieron los Musulmanes una brillante victoria. Los Leoneses, como lo atestiguan sus propios cronistas, hubieron de consolarse

---

(1) Monac. Sil., c. 47.

(2) Arib, t. II, p. 179.

(3) El texto de Arib muestra que esta es la verdadera leccion, pero se ignora la situacion de este lugar.

diciendo con David, que es vária la suerte de las armas. (1)

Habiendo reparado así Abderramen, el deshonor de su derrota, pero no creyendo suficientemente aún humillados á los Leoneses y ardiendo además en deseos de obtener una parte de los laureles que en la guerra contra los infieles, sus generales recogían, tomó el mando de su ejército á principios de Junio de 920. Una astucia le hizo dueño de Osma. El señor que mandaba en esta plaza, le había hecho las mayores promesas, si quería dejarlo en paz y llevar sus armas á otra parte. Abderramen se aprovechó de la cobardía de este hombre. Fingiendo dar oídos á sus proposiciones, se dirigió hácia el Ebro por el camino de Medinaceli; pero tomando de pronto á la izquierda y encaminándose hácia el Duero, envió delante un cuerpo de caballería, con orden de saquear y asolar los alrededores de Osma. Sorprendida con la súbita aparición del enemigo la guarnicion de esta ciudad, se apresuró á refugiarse en los bosques y en las sierras, de modo que los Musulmanes entraron en la fortaleza sin combate.

---

(1) Arib, t. II, p. 179-181; Sampiro, c. 18.

Habiéndola quemado, fuéron á atacar á San Esteban de Gormaz. Allí tampoco encontraron resistencia, habiendo huido la guarnicion en cuanto se acercaron. La fortaleza fué destruida, como tambien el castillo de Alcubilla que se hallaba en sus cercanías. Hecho esto, marcharon los Musulmanes contra Clunia, (a) ciudad muy antigua y de que no quedan mas que ruinas, pero que era importante entónces. Parecía que los Leoneses habian corrido la voz para no resistir en ninguna parte, porque los musulmanes hallaron á Clunia abandonada y destruyeron allí gran parte de las casas y de las iglesias.

Cediendo á las peticiones de los Musulmanes de Tudela, resolvió entónces Abderamen volver sus armas contra Sancho de Navarra. Caminando despacio, á fin de no fatigar mucho á sus tropas, empleó cinco dias en ir de Clunia á Tudela, y habiendo

---

(a) Antigua colonia romana, y convento juridico, situado en una elevacion que se encuentra á media legua de Coruña del Conde. Es célebre por la prediccion hecha á Galba, fundada en unos versos, que se conservaban en el templo «á fatidica puebla ante ducentos annos pronunciata,» en que le anunciaban el imperio del mundo. (N. del T.)

puesto luego un cuerpo de caballería á las órdenes del Gobernador de Tudela Mohammed-ibn-Lope, le ordenó que fuera á atacar la fortaleza de Carcar, que Sancho había levantado para contener y vejar á los habitantes de Tudela. Los Musulmanes la encontraron abandonada, lo mismo que Calahorra, de donde el mismo Sancho huyó precipitadamente para meterse en Arnedo; pero cuando pasaron el Ebro, Sancho vino á atacar su vanguardia. Empeñado el combate, mostraron los Musulmanes que servían para algo mas que para tomar, saquear y quemar fortalezas indefensas, pues pusieron al enemigo en plena derrota, y lo obligaron á refugiarse en la montaña.

La vanguardia bastó para obtener este feliz resultado, Abderramen que se hallaba en el centro, ignoraba hasta que ella estaba á las manos con el enemigo, las cabezas cortadas que le presentaron, le dieron la noticia.

Batido, y no hallándose en estado de resistir á sus enemigos por sí solo, Sancho pidió y obtuvo la cooperacion de Ordoño. Ambos reyes resolvieron entónces atacar ya la vanguardia, ya la retaguardia del enemigo, segun las circunstancias lo permitie-

ran. Entretanto, los Cristianos que no abandonaban la montaña, se mantenían á los flancos de las columnas musulmanas, que atravesaban los desfiladeros y los valles. Queriendo aterrar á sus adversarios, daban de vez en cuando grandes alaridos, y aprovechando la ventaja del terreno, mataban á veces algunos. El ejército musulmán se encontraba evidentemente en una situación peligrosa; tenía que habérselas con montañeses ágiles é intrépidos, que se acordaban muy bien del desastre que sus antepasados habían causado al gran ejército de Carlo-Magno, en el valle de Roncesvalls, y que asechaban la ocasión de tratar á Abderramen de la misma manera. El Sultán no se hace ilusiones sobre el peligro que corría, y cuando hubo llegado al valle, que á causa de sus juncos se llamaba la Junquera, (1) dió orden de hacer alto, y desplegar las tiendas. Entónces los Cristianos cometieron una inmensa falta; en lugar de permanecer en las sierras, bajaron al llano y aceptaron audazmente el combate que los Musulmanes les ofrecían. Pagaron su temeridad con una terrible derrota. Los Musulmanes los per-

---

(1) Entre Estella y Pamplona ó, con mas precision, entre Muez y Salinas de Oro.

siguieron hasta que las sombras de la noche los ocultaron á su vista é hicieron prisioneros muchos de sus jefes, entre los que se contaban dos obispos, Hermogio de Tuy, y Dulcidio de Salamanca, que segun la costumbre de la época se habian ceñido los arneses de la guerra.

Entre tanto, mas de mil cristianos habian hallado asilo en la fortaleza de Muez; Abderramen la cercó, la tomó é hizo cortar la cabeza á todos sus defensores.

Destruyendo fortalezas, y no hallando resistencia en ninguna parte, recorrieron los musulmanes triunfantes á Navarra, y podian vanagloriarse de haberlo quemado todo en el espacio de diez millas cuadradas. El botin que recogieron, sobre todo de víveres, era prodigioso; el trigo se vendía en su campo casi por nada, y no pudiendo llevarse todas las provisiones, se vieron obligados á quemar gran parte.

Triunfante y cubierto de gloria, Abderramen emprendió su retirada el 8 de Setiembre. Llegados á Atienza, licenció á los soldados de la frontera que se habian portado muy bien en la batalla de Val de la Junquera, á los que hizo donativos, y se encamino á Córdoba, á donde llegó el 24 de Se-



tiembre, despues de una ausencia de tres meses. (1)

Abderramen podía lisonjearse con la esperanza de que esta gloriosa campaña quitaría, por mucho tiempo á los cristianos la gana de hacer escursiones á territorio musulman, pero tenía que habérselas con enemigos que no se desanimaban fácilmente. Desde el año 921 (2) Ordoño hizo una nueva razia, y si hemos de creer á los cronistas cristianos, que acaso exageran los triunfos obtenidos por sus compatriotas, el rey de Leon llegó hasta una jornada de Córdoba. (3) Dos años despues, Ordoño tomó á Nájera, (4) mientras que su aliado se hacía dueño de Viguera, de lo que estaba tan orgulloso, que exclamó con el Profeta: «Los hé dispersado y los hé obligado á refugiarse en

---

(1) Arib, t. II, p. 183-189; Ibn-Khaldum, fól. 13. v, 14 v.; Sampiro, c. 18; Raguel, «Vita vel passio Santi Pelagii, (coleccion de Schot, t. IV. p. 348.)

(2) En este año debió ser en el que debió tener lugar la espedicion de Ordoño, pues dice Sampiro que, al volver á Zamora, halló muerta á su muger y se sabe por otra parte, que la reina murió en el verano de 921; véase «Esp. sagr.» t. XXXVII, página 269.

(3) Sampiro, c. 18.

(4) Sampiro, c. 19.

reinos lejanos y desconocidos.» (1)

La toma de Viguera causó gran consternación en la España musulmana, pues se refería que todos los defensores de la plaza, entre los que había muchos que pertenecían á las principales familias, habían sido muertos; (2) de modo, que aunque Abderramen no hubiera querido, la opinion pública le hubiera obligado á tomar venganza de este desastre. Pero no tenía necesidad de tales escitaciones. Exasperado y furioso no quiso ni esperar el tiempo en que comenzaban de ordinario las operaciones y el mes de Abril de 924, salió de Córdoba á la cabeza de su ejército, «para ir á vengar á Dios y á la religion, de la raza impura de los infieles,» como se espresa un cronista árabe. El diez de Julio llegó á territorio navarro, pero era tan grande el terror que inspiraba su nombre que á su aproximacion, los enemigos abandonaban sus fortalezas en todas par-

---

(1) Sancho cita este texto en un privilegio otorgado despues de la toma de Viguera. «Esp. sagr.» t. XXXIII, p. 466.

(2) Este rumor no era enteramente verdadero, pues algunos nobles, aunque pocos lograron salvarse.—Compárese á Arib, t. II, p. 195. con Ibn-Haiyan, fól. 15 r.

tes. Pasó, pues, por Carcar, Peralta, Falces y Carcastillo, saqueando y quemando todo lo que hallaba á su paso y se internó en el país, dirigiéndose hácia la capital. Sancho intentó detenerlo en los desfiladeros, pero fué rechazado cada vez que lo intentó y Abderramen llegó sin obstáculo á Pamplona, donde los habitantes no se atrevieron á esperarlo. Hizo destruir muchas casas de la ciudad, como también la catedral, que atraía todos los años gran número de peregrinos. Luego ordenó demoler otra iglesia que Sancho había hecho edificar, con grandes dispendios, en una montaña cercana y por la que tenía gran veneración, así que hizo esfuerzos inauditos pero inútiles para salvarla. Ni fué mas feliz en adelante. Habiendo recibido refuerzos de Castilla, atacó dos veces al ejército musulman que había vuelto á ponerse en marcha, y por dos veces fué rechazado con pérdidas. Los Musulmanes, por el contrario, perdieron muy pocos soldados en esta gloriosa campaña, que ellos llamaron la de Pamplona. (1)

El rey de Navarra, ántes tan orgulloso,

---

(1) Arib, t. II, p. 196-201; Ibn-Khaldun, folio 13 v.

estaba ahora humillado y reducido por mucho tiempo á la impotencia. Del lado de Leon, Abderramen no tenía tampoco, por el pronto, nada que temer. El bravo Ordoño II, había muerto antes de que principiase la campaña de Pamplona. (1) Su hermano Fruela II, que le sucedió, no reinó mas que un año, en el cual nada hizo contra los Musulmanes, si no es que suministró algunos refuerzos á Sancho de Navarra. Á su muerte, (925) Sancho y Alfonso, hijos de Ordoño II, se disputaron la corona. Sostenido por Sancho de Navarra, con cuya hija se habia casado, Alfonso cuarto de este nombre, lo consiguió. Pero Sancho, sin desanimarse, reunió un nuevo ejército, y habiéndose hecho coronar en Santiago de Compostela, sitió á Leon, la tomó y quitó el trono á su hermano (926.) Mas adelante, en 928, Alfonso reconquistó la capital con ayuda de los navarros, pero Sancho supo mantenerse en Galicia. (2)

Abderramen no se mezcló en esta larga guerra civil, dejando destruirse á los cristianos entre sí, pues que tal era su volun-

(1) En 311 de la Hegira, (Arib, t. II, p. 195) y por consiguiente, antes del 9 de Abril de 723.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 154-163